

armas en cuanto amaneció, pero, también como de costumbre, el retraso de los convoyes y otras peripecias habían prolongado las paradas. Eran las ocho y no más que la vanguardia había salido de Oches, cuando se presentó Mac-Mahón, quien censuró con alguna viveza aquella tardanza, añadiendo: «Es preciso pasar hoy el Mosa, cueste lo que cueste, aunque haya que abandonar los bagajes.» Decidióse que la 1.ª división pasaría el río por Mouzón y el resto del cuerpo de ejército por Villers, en donde los ingenieros construían un puente de barcas. «Si hoy no pasáis el Mosa, tendréis encima sesenta mil hombres,» dijo el mariscal y se marchó (1). Acababan de entrar aquellas fuerzas en el desfiladero de Stone cuando retumbó al Este el cañón: las detonaciones se oían muy distintamente, porque aquel sitio sólo distaba diez kilómetros de Beaumont, y se sucedían como otras tantas demandas de auxilio, y ante la idea de una batalla tan próxima, todos los soldados se sintieron emocionados. Douay con sus oficiales subió á una eminencia que se alzaba cerca de la carretera y desde la cual se descubría con un anteojo todo el país, y en lo que cabía distinguir desde aquella distancia parecióle que Faily se retiraba. Reunir las tropas en el desfiladero por donde marchaban había de ser difícil; más difícil aún hacerlas llegar por masas; y como, por otra parte, las órdenes formales y reiteradas prescribían el avance hasta el Mosa, por mucho que ello le disgustara, el general mandó proseguir la etapa y las tropas descendieron desde Stone á Raucourt. El estampido del cañón acompañaba la marcha, pero las detonaciones, marcando la retirada de Faily, subían cada vez más desde Beaumont hasta Mouzón, como los truenos de una tempestad que se hubiese dirigido hacia el Norte. De modo que el 7.º cuerpo avanzaba paralelamente á la batalla, no obstante lo cual no pudo substraerse á ella por completo, pues la 1.ª división (la división Conseil-Dumesnil), por un error de ruta, fué á caer en medio de los bávaros, desbandándose muchas compañías á pesar de las exhortaciones de los jefes, y no logrando nuestros regimientos salir de aquella situación crítica sino á costa de grandes pérdidas.

El general Lebrun, comandante del 12.º cuerpo, había oído el combate, como lo oyeran Ducrot y Douay. El día antes había pasado el Mosa por Mouzón y acampaba en las colinas de la margen derecha, cuando las detonaciones que hasta él llegaban le hicieron pensar que el mismo peligro en que se hallaba Faily le amenazaba á él. Dominado por esta idea, ordenó que la división Grandchamp, una brigada de la división Vassoigne y la mayor parte de la caballería repasara el río, y llamando al general Grandchamp, le recomendó que avanzara lo más lejos posible para socorrer á Faily: «Si no podéis avanzar mucho, añadió, ocupad al menos las alturas que á dos kilómetros de aquí se alcanzan junto á la carretera de Beaumont.» Además le autorizó para disponer de la reserva de artillería. En cumplimiento de estas órdenes envié á la orilla izquierda una brigada de infantería, la brigada Villeneuve, á la que siguió la caballería de línea del general Beville. En esto, llegó Mac-Mahón: mal informado acerca de la situación del 5.º cuerpo, el mariscal estaba convencido de que el

(1) Véase Bibesco, *Reims, Belfort, Sedán*, págs. 95-97.

combate cuyo rumor oía era simplemente un combate de retaguardia; poco le importaba, al repasar el río, aventurarse teniendo el Mosa á la espalda; sólo una idea le dominaba, llegar á Montmedy, y no quería sacrificar nada á este plan general. Por esto mandó que regresaran á sus campamentos todos aquellos que todavía no habían pasado el puente. ¿Qué le quedaría á Faily? Un socorro suficiente para recogerle á la entrada de Mouzón, pero no bastante eficaz para salvarle.

Tanto como débil y remoto sería el auxilio era el peligro apremiante. Al Sudoeste, los bávaros se habían apoderado de la Thibaudine y con la cooperación de los prusianos acababan de tomar la Harnoterie; al Sudeste, los sajones, que habían salido de Letanne, avanzaban á lo largo del Mosa y revelaban la intención de envolvernos, pero afortunadamente la carretera, encerrada entre las colinas y el río, dificultaba su desenvolvimiento; y en el centro, el IV.º cuerpo progresaba á derecha é izquierda de la calzada de Mouzón. Nuestros cañones, situados en las alturas, habían contenido con sus fuegos por algún tiempo al enemigo; pero hubieron de retirarse unos tras otros ante la terrible superioridad de las baterías alemanas. Nuestra infantería estaba escalonada entre Yoncq y la Sartelle, pero hallábase demasiado deprimida por la derrota para que pudiera esperarse de ella un esfuerzo de conjunto. En estas condiciones lo más á que podía aspirarse había de ser llegar hasta la noche sin dejarse destruir, ganar el puente de Mouzón como quería el mariscal é interponer el Mosa entre nosotros y el enemigo; así pensó el comandante del 5.º cuerpo. Al Norte de la Sartelle había un bosque, el bosque de Givodeau, cuyos linderos se prolongaban al Oeste de la calzada y que se extendía al Este hasta las inmediaciones del Mosa; Faily, confiando á una fuerte retaguardia el cuidado de utilizar aquellas espesuras para contener al enemigo, mandó que el grueso del cuerpo de ejército se replegara sin tardanza sobre Mouzón.

El bosque con sus espesos sotos favorecía la defensa, y además los defensores, el 88.º de línea con su valiente jefe el teniente coronel Demange, eran fuertes y arrojados. Nuevamente aquella jornada triste se iluminó con algunos afortunados reflejos: cuando los prusianos de la 13.ª brigada quisieron atacar el lindero Sur de la selva, fueron recibidos por un fuego mortífero; los oficiales quisieron arrastrar en pos de sí á sus soldados; pero el espesor de las malezas hacía toda dirección imposible y sólo algunas fracciones aisladas consiguieron reunirse en los escasos claros que el bosque ofrecía. El combate permaneció largo rato indeciso: las primeras líneas de tiradores que consiguieron salir á terreno descubierto en el lindero Norte, tropezaron con la infantería y la artillería que estaban apostadas en las colinas que se alcanzan delante de Villemonty; y al mismo tiempo los prusianos vieron amenazados de flanco por los cañones del 12.º cuerpo, que se habían situado en la orilla derecha del Mosa y que además causaban sensibles pérdidas á los sajones que, procedentes de Letanne, proseguían su marcha hacia el Norte.

Pero aquel episodio no fué más que una corta tregua. Mientras al Este de la carretera de Mouzón una parte de la 7.ª división prusiana luchaba penosamente en el lindero de los bosques, el resto del IV.º cuerpo, prosi-

guiendo su marcha al Norte de la calzada, decidía la victoria.

A eso de las cuatro, la 14.ª brigada había llegado al Este de Yoncq; y en la retaguardia, la 8.ª división, reunida en la Harnoterie, poníase al mismo tiempo en movimiento hacia el Norte. Nuestra artillería, instalada en un attillo situado entre la carretera y el arroyo de Yoncq, sigue haciendo fuego; pero los prusianos, que gracias á la unión de todas sus fuerzas habían adquirido en aquel

evitara una ruina total. Ahora bien, del 5.º cuerpo sólo quedaban restos; y la brigada Villeneuve, que había combatido delante de Mouzón y en el monte de Brune, estaba también algo desordenada; sin embargo, la brigada de coraceros del 12.º cuerpo, compuesta de los regimientos 5.º y 6.º, había pasado por la tarde el Mosa y se hallaba cerca; á ella, pues, se pediría el sacrificio que había de alejar un poco al enemigo que se nos venía encima.



El general Manteuffel

momento de la jornada una superioridad abrumadora, atacan el attillo, lo ocupan y se apoderan de doce cañones, unos abandonados y otros valientemente defendidos por sus sirvientes. Los soldados de Faily se retiran, parte hacia el camino real y parte hacia la fundición de Gresil; ésta, defendida débilmente, cae en poder del enemigo, el cual ataca luego una eminencia denominada monte de Brune, que domina la planicie, apoderándose después de una corta lucha de esta posición que es la última de la serie de las escalonadas de Sur á Norte y sucesivamente abandonadas por los franceses. Estos, definitivamente arrojados de las alturas, descienden por las vertientes, se aglomeran en un largo camino, enteramente recto, antigua vía romana que se dirige al Mosa, y en desordenada carrera tratan de ganar el arrabal de Mouzón.

El enemigo, contenido todavía en Villemonty y en la granja de Givodeau, se diseminaba como un torrente por toda la llanura del Mosa. Eran las seis de la tarde y nuestra salvación exigía que se ganara todavía una hora hasta que la noche, ocultándonos al adversario, nos

Por orden de Faily, un ayudante, el comandante Haillet, corrió en busca de la caballería, y habiendo encontrado primeramente al coronel del 6.º regimiento, éste contestó á su demanda diciéndole que sólo debía obediencia á sus superiores directos (1). Dominando su sorpresa, el comandante fué en seguida al encuentro del 5.º de coraceros que mandaba el coronel de Coutenson, el cual, sin contestar una sola palabra, mandó á sus escuadrones echar mano á los sables y se puso al frente de ellos. En aquel momento, los prusianos, dueños del monte de Brune, se encaminaban hacia el Mosa, en seguimiento de sus adversarios, y amenazaban destroz toda la derecha francesa. Los coraceros se precipitan con soberbio ardor sobre el flanco izquierdo enemigo y aquella masa impetuosa se lanza contra los fusileros de Magdeburgo; éstos dejan que los escuadrones se acerquen y con una descarga general, hecha casi á boca de jarro, siembran en ellos la muerte. El coronel de Coutenson cae mortalmente herido; los sobrevivientes estre-

(1) Général Lebrun, *Basailles, Sedán*, págs. 68-70.



chan sus filas y tratan de repetir el esfuerzo con un valor al que más adelante rindió el enemigo brillante homenaje; pero el fuego redobla, el arranque cesa, y los bravos jinetes se paran á lo largo de la vía romana en el mismo sitio en que hoy se levanta un pequeño monumento que perpetúa aquella gloriosa proeza: el regimiento había tenido cuatro oficiales muertos y siete heridos; además habían quedado fuera de combate once sargentos y noventa soldados.

La carga sólo por un instante había contenido á los vencedores; los franceses no habían recibido más socorro que algunas fracciones del 12.º cuerpo. Pocos momentos antes habíase oído hacia el Oeste ruido de nutrida fusilería: «Es Douay con el 7.º cuerpo,» había exclamado Lebrun; pero la ilusión no tardó en desvanecerse, porque aunque el fuego procedía realmente del Oeste, era de los bávaros que, después de haber tomado parte en los combates de la Thibaudine y de la Harnoterie, reaparecían en la izquierda enemiga al final de la batalla (1). Al ver que la derrota degeneraba cada vez más en descalabro, los infelices soldados del 5.º cuerpo corrían en todas direcciones buscando una salvación. Varios destacamentos trataron de seguir los ribazos del Mosa con la esperanza de pasar el río aguas abajo por la parte de Villers; pero fueron detenidos por los bávaros que habían bajado á Andre-court; algunos se arrojaron al río hallando en él la muerte; otros, la mayoría, afluyeron al puente de Mouzón. A lo largo del arrabal que precede á éste amontonábanse en indescriptible desorden infantes, jinetes, carros y furgones. La misma artillería alemana que había inaugurado el combate había de precipitar su desenlace; en efecto, en el monte de Brune y á los lados de la carretera de Beaumont se instalaron doce baterías prusianas que abrieron sangrientas brechas en las masas francesas.

El exceso del peligro que enloquece á los poco agueridos sobreexcita en los demás los restos de la antigua energía, y aquellos de nuestros soldados que no han podido abrirse paso por el lado de Villers se reorganizan en parte parapetándose unos detrás de un parque de carros y otros junto á un molino llamado Poncay y prolongando la resistencia detrás de tan débiles abrigos. Mas lo que urge guardar ante todo es el puente de Mouzón, última vía de retirada. Al extremo Sur del arrabal, algunas fracciones de los cuerpos 5.º y 12.º oponen una muralla al enemigo, y varios valientes, atravesando la ola de los que huyen, van á aumentar el número de los defensores. Aun en tan extrema situación siguen haciendo fuego algunas piezas, una de las cuales está servida por «un capitán de artillería, el señor de Tessieres, el cual, habiéndose quedado sin soldados y sin caballos, continúa disparando con metralla mientras conserva un cartucho (2).» Faily está en medio de sus soldados, tan intrépido entonces como improvisador había sido por la mañana. Desde las alturas de la orilla derecha, la artillería del 12.º cuerpo aporta á los vencidos un socorro muy eficaz, arrojando una lluvia de granadas sobre los atacantes que desembocan por la vía romana. Mientras estos generosos esfuerzos contienen algo el avance del enemigo, el grueso del

(1) General Lebrun, *Baseilles, Sedan*, págs. 70-71.

(2) Coronel Roussel, *La guerre franco-allemande*, pág. 254.

ejército pasa el río, aunque en un espantoso desorden en el que se despanzurran caballos, se pisotean heridos y se abandonan cañones. Los prusianos se acercan, se deslizan en los jardines y se apoderan sucesivamente de las casas de la carretera, y los franceses retroceden, pero lentamente; la salvación de éstos está en ganar tiempo porque así puede irse retirando toda aquella masa humana que se amontona en las inmediaciones del río. Al fin llega el enemigo al extremo del arrabal; felizmente para nosotros el paso de las tropas toca á su término y una batería de ametralladoras protege los últimos escalones de la retirada. Los prusianos se apoderan del puente, pero cuando quieren desembocar por el otro extremo del mismo, una violenta fusilería los para en seco y les impide llegar á la opuesta orilla, es decir, á Mouzón.

A las ocho de la noche, los vencedores eran dueños de toda la orilla izquierda del Mosa, porque la victoria completa del ala derecha prusiana había determinado para nosotros la pérdida de Villedonny y de la granja de Givodeau. El IV.º cuerpo se instaló en las posiciones conquistadas; el XII.º se acantonó en Letanne, y la guardia, que había estado todo el día de reserva, quedóse atrás, en las inmediaciones de Beaumont. Un último hecho de armas vino, sin embargo, á iluminar con un rayo glorioso el combate que se creía terminado: en el campo de batalla habían quedado como olvidados doscientos cincuenta ó trescientos infantes franceses, pertenecientes en su mayoría al 88.º de línea; eran los restos de aquellos hombres valerosos á quienes se había encomendado la defensa del bosque y que, á las órdenes del teniente coronel Demange, tan bien habían cumplido su misión. Habiendo llegado tarde para pasar el puente de Mouzón y encontrándose separados de sus camaradas y con la retirada cortada, habían regresado á la granja de Givodeau, que estaba abandonada, pues los prusianos la habían evacuado inmediatamente después de conquistarla; y una vez allí, su alma valiente, mal avenida con la idea del cautiverio, concibió el proyecto de una evasión heroica. El 31, una hora antes de que amaneciera, Demange, fraccionando sus hombres, deslizóse hacia el puente de Mouzón con la esperanza de pasarlo á viva fuerza ó por sorpresa. La compañía que monta la guardia principal es rechazada y tiene que llamar en su auxilio un batallón; Demange, gravemente herido, grita á sus soldados: «No os ocupéis de mí; ¡adelante!» y aquel pequeño grupo se abre paso bajo el fuego de fusilería, llega al puente que está obstruído, escala la barricada y salta á la otra orilla en donde se hallan los franceses. Cuando se contaron, vieron que no eran más que 90; los demás habían quedado muertos, heridos, ahogados ó prisioneros. El propio Demange había de morir doce días después á consecuencia de su herida en el hospital de Mouzón.

No he podido resistir al deseo de relatar este episodio que se conserva preciosamente en el *Historique du 88.º de ligne*. Estos hechos y otros muchos que podrían citarse honran las derrotas, pero no las reparaban. La jornada del 30 de agosto había sido de consecuencias lamentables: los franceses habían tenido 1.800 muertos ó heridos y 3.000 prisioneros (3) y habían

(3) Las pérdidas de los alemanes fueron de 3.500 hombres (*La guerre franco-allemande*, tomo II, pág. 1.407).

perdido 42 cañones y además todo el material abandonado en los campamentos; pero el mayor daño estaba no tanto en los perjuicios materiales como en el quebrantamiento moral. Todas las unidades del 5.º cuerpo hallábanse confundidas y habían de necesitarse muchos días para reconstituir los regimientos desorganizados y muchos más para restablecer un poco la confianza. El 7.º cuerpo, que había caminado todo el día oyendo el estampido del cañón, había de sufrir también de rechazo las consecuencias de un desastre en el que había sido parcialmente englobada una de sus divisiones. En cuanto á las tropas del 12.º cuerpo, acababan de presenciar todo el desfile de la derrota, y la impresión que ésta produjo en ellas y muy particularmente en los reservistas y en los soldados bisoños de los regimientos de marcha había de ser de las que no se borran. La principal consecuencia del combate de Beaumont fué la siguiente: en apariencia, el ejército de Chalóns, transportado al otro lado de Mouzón, estaba tocando á Carigné y á Montmedy, y calculando sólo la distancia, podía considerarse á cuatro ó cinco marchas de Bazaine; pero en realidad la derrota acababa de reducir al estado de pura quimera lo que ya constituía un propósito harto aventurado.

Así lo comprendió Mac-Mahón: hasta última hora había querido persuadirse de que el combate era simplemente un combate parcial; pero á la noche vió clara la verdad, y aunque conservara algunas ilusiones, que había de acariciar hasta el final, comprendió que la ofensiva (¡y qué incierta y temible ofensiva!) estaba para siempre condenada. Pero, ¿adónde ir? Los acontecimientos imponían una resolución inmediata. A cuatro leguas al Oeste, remontando el Mosa, había una plaza fuerte, Sedán. ¿Qué era esta plaza? ¿No ofrecía acaso

por su situación peligros tales que no hubiera escogido otra para nosotros el enemigo? Mas no eran aquellos momentos á propósito para largos exámenes. Mac-Mahón vió en aquella pequeña ciudad lo único que en ella había, pan, provisiones y lugar para un día siquiera de reposo, y hacia allí decidió encaminar, á todo evento, á la confusa multitud de su ejército. Después de todo, la solución había de ser sólo provisional; la noche, que es buena consejera, y Dios, que protege á la Francia, proveerían para el día siguiente. El mariscal comunicó su resolución al emperador, y á las nueve, encontrándose en las alturas de Mouzón, envió á buscar á Lebrun, y entablando conversación con él junto á una hoguera de vivaque, le dijo: «La jornada ha sido mala; Faily ha sufrido mucho y la brigada de infantería que habéis enviado en su auxilio no se ha resistido lo bastante.» Dicho esto, sintióse nuevamente dominado por aquel optimismo que jamás le abandonó: el ejército alemán, según él, constaba apenas de sesenta ó setenta mil hombres, y en caso de que atacara, fácilmente se le podría precipitar en el Mosa (1); en su consecuencia decidió que el 12.º y el 5.º cuerpos se dirigieran á Sedán. La misma orden había sido dada ya á Douay para el 7.º cuerpo, quedando el 1.º encargado de cubrir la retirada. En el entretanto, en París se esperaban ansiosamente noticias y causaba extrañeza el no recibirlas. A media noche, llegó á la calle de Saint-Dominique un despacho procedente del cuartel general y concebido en los siguientes términos: «Mac Mahón participa al ministro de la Guerra que se ve obligado á dirigirse á Sedán (2).»

(1) General Lebrun, *Baseilles, Sedan*, pág. 74.

(2) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 431.